

SOBRE IDEOLOGÍA Y Gnosticismo

1. El fin y el renacer de las ideologías

Durante la década de los '60 del siglo pasado se difundieron ampliamente varios libros que hacían referencia a una supuesta “muerte”, “crepúsculo” o “fin” de las ideologías; en esos años, las obras de Seymour Martin Lipset, Daniel Bell, Gonzalo Fernández de la Mora y varios otros¹ instalaron la idea de que, luego de una etapa de exaltación ideológica, en la que el comunismo marxista, el liberalismo, las variantes fascistas y algunas otras alternativas revolucionarias dominaron el panorama de las ideas políticas contemporáneas, había llegado el momento de la extinción definitiva de ese modelo de pensamiento político y de su sustitución por alternativas más racionales, menos extremas y más pragmáticas. En general, para estos autores ese movimiento de extinción o debilitamiento ideológico revestía rasgos positivos y significaba la superación de una etapa trágica del pensamiento y de la vida política más reciente.

Lamentablemente, la profecías elaboradas por estos pensadores no fueron del todo corroboradas por la historia inmediatamente posterior. En efecto, los años '70 del siglo pasado fueron testigos de varios movimientos ideológicos; algunos de ellos en Europa, como las Brigadas Rojas en Italia o el grupo Baader-Meinhof en Alemania, pero sobre todo en Iberoamérica, donde las varias versiones de la Teología de la Liberación, grupos insurreccionales como el MIR en Chile o los Montoneros y el ERP en La Argentina y varias otras derivaciones del fenómeno castrista cubano, difundieron e intentaron poner en práctica versiones más o menos degradadas y mixturadas de la ideología marxista.

Pero ya en los '80 y '90 del siglo veinte parecía que – ahora sí - la profecía del final de las ideologías se cumpliría definitivamente; eran las épocas del “Consenso de Washington” y de la difusión de una versión pragmática y *ligh* del liberalismo, que algunos pensadores denominaron *soft-ideology* y que se encarnó principalmente en la obra de John Rawls, del derrumbe estrepitoso del mundo soviético y del *pensiero debole* posmoderno. En ese contexto, resultaba muy difícil hablar de ideologías: el marxismo se había desintegrado, los fascismos habían quedado reducidos a fenómenos residuales y el liberalismo había optado por una variante procedimental y meramente “política, no metafísica”, tal como lo consignara la conocida frase de Rawls.

¹ Por todos: Bell. D., *The End of Ideology. On the Exhaustion of Political Ideas in the Fifties*, Cambridge-Mass., Harvard University Press, 1962.

Pero nuevamente, la extinción de las ideologías resultó ser una mera ilusión: en los albores del siglo veintiuno, han resurgido en Iberoamérica algunos retoños del árbol ideológico, como si se tratara de una planta que no se resigna a morir y que renace una y otra vez, aunque en versiones cada vez más degradadas y pedestres. Este es el caso de los recientes populismos instaurados en Venezuela, Ecuador, Bolivia, Nicaragua y Argentina, en los que una ideología pseudo-emancipatoria, estatista y populista inspira a un grupo de gobernantes corruptos y mediocres en una empresa de cooptación e incremento del poder y de saqueo irreverente de los fondos públicos y privados. Este nuevo resurgimiento, sobre todo en razón de que afecta especialmente a nuestro país, justifica ampliamente una revisión del concepto de ideología, sus caracteres y virtualidades, a los fines de alcanzar una explicación adecuada de esta nueva y tan cercana impostación ideológica.

2. El esquema gnóstico de pensamiento

Hace unos treinta años el autor de estas líneas escribió un breve libro que se publicó con el título de *El renacer de las ideologías*², en el que se intentaba, en la primera parte del volumen, establecer una noción de ideología, para después pasar a explicar su génesis y ejemplificar el concepto con algunas de las ideologías entonces vigentes. Allí se sostenía que el de las ideologías es un modelo de pensamiento por el que se pretende alcanzar un conocimiento inmanente, absoluto y emancipador (o salvador), destinado a revolucionar la sociedad haciéndola eterna y completamente libre, igualitaria y feliz. Este modelo de pensamiento tiene como notas principales su carácter simplista y maniqueo, decididamente agonal o beligerante y radicalmente racional-constructivo, sin referencia ni deuda alguna con la experiencia de las cosas humanas.

Pero más allá de estos caracteres, en ese libro se sostenía que lo que constituye raigalmente la forma ideológica de pensamiento y explica todas sus notas y virtualidades, es que esa forma ideológica consiste en una reedición, reiteración o reformulación de las estructuras centrales del pensamiento gnóstico, es decir, de lo que se denomina habitualmente *gnosticismo*. Con esta última palabra se designan fundamentalmente dos realidades, conexas pero diferenciables: (i) en un *sentido restringido* o propio, hace referencia a un conjunto de movimientos más o menos heterodoxos, surgidos en los primeros siglos del Cristianismo, que proponían la posibilidad de un conocimiento meramente racional pero absoluto, a través del cual el hombre podía ser salvado³; y (ii) en un

² Massini-Correas, C.I., *El renacer de las ideologías*, Mendoza-Argentina, EDIUM, 1984 (en adelante RE)

³ Véase: Bareille, G., "Gnosticisme", en *Dictionnaire de Théologie Catholique*, T° 6, París, Librairie Letouzey, 1947, pp. 1434-1467; Gilson, E., *La filosofía en la edad media*, Madrid, Gredos, 1972, pp. 35 ss.; Hutin, S., *Los gnósticos*,

sentido amplio, se refiere a una actitud espiritual básica, que se presenta como una tentación permanente del espíritu humano, que se activa en momentos de crisis, subversión o mutación de las estructuras sociales y culturales, y para la cual el mal en el mundo, de origen meramente estructural, puede ser superado a través de un conocimiento salvador (y de la acción que le es inherente), que conducirán a un reino final de plenitud intrahistórica⁴.

Ahora bien, si se limita el análisis al sentido más amplio y abarcativo, es posible precisar que esa actitud intelectual se caracteriza por una serie de notas estructurales; la primera de ellas radica en que, para los gnósticos, la presencia del mal en el mundo no se debe, como lo sostiene el Cristianismo, a un pecado o una falta moral del hombre, sino sólo a una *defectuosa estructura* del cosmos y de la sociedad. Para Eric Voegelin, el indicio principal de la actitud gnóstica es “la creencia de que todos los males de la situación son debidos a una mala organización de la existencia en el mundo [...]; los gnósticos no se inclinan a admitir que es la humanidad en general, y especialmente ellos mismos, quienes son defectuosos. Si en la situación hay algo que no es como debiera ser, entonces creen que hay que buscar su causa en la maldad del mundo”⁵. El hombre aparece, entonces, en clave gnóstica, como un ser *radicalmente bueno*, víctima inocente de las estructuras – en general sociales – que lo oprimen y le impiden alcanzar la perfección a la que está destinado; en pocas palabras, se trata de un optimismo antropológico, unido a un pesimismo estructural-social. Además, el mal humano radica de modo nuclear en la dependencia y sumisión del hombre de alguna instancia externa de dominación o sujeción, de modo tal que el bien, inversamente, habrá de radicar en la liberación o emancipación de esa dependencia⁶.

La segunda de las notas propias del gnosticismo radica en que este hombre intrínsecamente inocente puede salvarse gracias a un conocimiento *meramente racional*, de carácter absoluto, simplista y maniqueo, que contiene la clave del sentido de la historia y del mundo, así como la fórmula de su superación y perfección definitiva. El saber no aparece ya entonces como el objeto de un apetito humano nunca saciado y siempre imperfecto, y se convierte en el medio único y suficiente para la redención definitiva de la humanidad. Pero esta redención definitiva reviste en el esquema gnóstico – y esta es la tercera de las notas - un carácter meramente *inmanente*; una vez más

Buenos Aires, EUDEBA, 1976, pássim y García Bazán, F., *Gnosis. La esencia del dualismo gnóstico*, Buenos Aires, Castañeda, 1978, pássim.

⁴ Véase: Voegelin, E., *Ciencia política y gnosticismo*, Madrid, Rialp, 1973, pp. 18-19.

⁵ Voegelin, E., *Los movimientos de masas gnósticos como sucedáneos de la religión*, Madrid, Rialp, 1966, pp. 11-12.

⁶ Véase: Höffe, O., *La justice politique. Fondement d'une philosophie critique du droit et de l'Etat*, Paris, PUF, 1991, pp. 9 ss. Asimismo, véase: MacIntyre, A., *Ethics and Politics. Selected Essays*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 172-185.

a la inversa del mensaje cristiano, la salvación - o emancipación de todas las dominaciones - no tendrá lugar plenamente en un mundo futuro, allende la muerte, sino en este mundo y esta historia. El paraíso trascendente ha sido trasmutado hacia un futuro inmanente⁷.

3. El concepto de ideología

Ahora bien, este esquema gnóstico de pensamiento tuvo una vigencia más o menos relevante en diferentes períodos de la historia de occidente: en el milenarismo medieval de Joaquín de Fiore y los joaquinistas; en las sectas husitas en la Bohemia del siglo XV; en la sublevación de Hans Böhm, el tamborilero de Niklashausen; en los ensayos mesiánico-anabaptistas de Juan de Leyden y Thomas Müntzer; en los *round head levellers* durante la guerra civil inglesa y varios más. Pero en todos estos casos, detrás del conocimiento salvador había una cierta inspiración bíblica, o una aparición de la virgen o una interpretación heterodoxa de las Escrituras.

Pero un cambio radical en el fundamento de estas doctrinas gnóstico-salvíficas se dio ya bien entrada la Edad Moderna, cuando la ciencia - experimental o exacta - se constituyó en el único conocimiento paradigmático, objetivo y dotado de certeza, y como consecuencia ese saber científico apareció como pretendiendo justificar las nuevas versiones del modelo gnóstico. En especial la versión que un poco más tarde se denominó “ideología”⁸, y que puede ser caracterizada como “la forma adoptada por la actitud gnóstica ante la presencia de la ciencia moderna”⁹ “La ideología - escribe Alain Besancon - es una gnosis en la que el principio de certeza no es la autoridad de un contradogma, paralelo o isomorfo al dogma religioso, sino que está tomado (o prestado) de la ciencia, en el sentido que esta palabra ha adquirido en la época moderna. La ciencia obtiene la certeza [...] pero sólo dentro del campo estrechamente limitado en que es capaz de operar con rigor. [En cambio] la ideología demanda de la ciencia que garantice su sistema, haciéndola salir del terreno en que ella está cierta y, por lo mismo, allí donde es científica. Por eso [la ideología] entraña una corrupción de la ciencia”¹⁰.

Esta corrupción adquirió la forma de una manipulación de las ciencias experimentales en general por parte de los ideólogos jacobinos, que colocaron a la “ciencia” resumida en la *Enciclopedia* en la base de sus ensoñaciones acerca del progreso, la autonomía y el autogobierno de la humanidad; pero corrupción también en la “ciencia económica” que Karl Marx pretendió utilizar para justificar su

⁷ Véase: Cohn, N., *En pos del milenio*, Madrid, Alianza, 1981, pp. 14-15.

⁸ Sobre la historia del término “ideología”, véase: RE, pp. 18-30.

⁹ Besancon, A., *Los orígenes intelectuales del leninismo*, Madrid, Rialp, 1980, p. 37.

¹⁰ Besancon, A., *La confusión de lenguas. La crisis ideológica de la Iglesia*, Barcelona, Herder, 1981, pp. 140-141.

visión de la historia y del futuro del hombre en una sociedad armoniosa, sin clases y sin estado; finalmente, la manipulación de la pseudo-ciencia racial de Chamberlain y de las ideas de Darwin por parte de los socialistas nacionales alemanes, al proponer un feliz reino germánico de mil años. Pero aparte de esta sustitución de la religión por la ciencia como fundamento del sistema, es claro que el resto de las notas del esquema gnóstico se reiteran en todas las concreciones ideológicas.

En efecto, también las ideologías pretenden ser, ante todo, una explicación *completa y simple* de las realidades humanas, que reducen todas las dimensiones y problemas de la vida a una causa única y excluyente: sea ésta la posesión exclusiva de los medios de producción económica, o la mezcla de las razas, o la autoridad tradicional de la Iglesia y de la monarquía, o la dependencia del imperialismo, o la desigualdad social, en todos los casos existe una causa única de todos los males y su remoción o transformación radical significará necesariamente la emancipación humana de todo mal posible.

Pero este simplismo de las causas del mal conduce a otra de las notas de las ideologías: el único factor del desorden y del mal en el mundo ha de ser objeto de una guerra total y absoluta, de un enfrentamiento decisivo y sin límites, en una especie de renovado *maniqueísmo* que divide al mundo en réprobos y elegidos, en el que los primeros han de ser aniquilados completamente y sin piedad. “Una ideología – ha escrito Olivier Reboul – es por definición partidista. [...] es parcial en sus afirmaciones y polémica frente a las otras [...]; una ideología combate para vencer; esto significa que se impone no por razones y pruebas, sino por una cierta coacción, desde la seducción a la violencia, pasando por la censura y la disimulación de los hechos”¹¹.

Pero además, al ser tan completa, absoluta y permanente la perfección que se espera, y los enemigos de la acción ideológica tan perversos y despreciables, la actividad que conduce a la concreción de la ideología carece propiamente de *límites éticos* o institucionales. El único principio ético y jurídico válido en clave ideológica es el logro del fin intentado y cualquier medio será adecuado – y moralmente válido – para la consumación del estado terminal de perfección humana completa. La historia reciente está repleta de masacres multitudinarias realizadas para alcanzar la sociedad sin clases, el reino ario de mil años o la liberación del imperialismo norteamericano, por lo que no es necesario explayarse mucho más en este punto.

Sobre lo que sí conviene explayarse, aunque sea someramente, es acerca de una nota decisiva de la mentalidad ideológica: su *desprecio por la experiencia* de las cosas humanas como fuente de los contenidos del proyecto político. Efectivamente, en el esquema ideológico se han eliminado todos

¹¹ Reboul. O., *Langage et idéologie*, Paris, PUF, 1980, p. 22.

aquellos elementos – v.gr. el estado radicalmente defectivo de la naturaleza humana – que puedan impedir la realización del ideal definitivo de perfección. Las lecciones de la historia, los datos de la experiencia social, las cifras de la actividad económica, las opiniones de los gobernados y de los demás grupos sociales infrapolíticos, habrán de ser olvidadas, dejadas de lado, manipuladas y hasta desfiguradas para que no se interpongan en la tarea pseudo-epopéyica de realizar la sociedad perfecta del futuro. Y si en algunos casos se tienen en cuenta los datos de la realidad, lo será sólo con carácter instrumental-estratégico, con la finalidad de alcanzar mediante la astucia algún objetivo determinado, pero jamás como un punto de partida para la configuración de un ideal político y de la praxis racional que a él se ordena¹².

4. Crítica del pensamiento ideológico

Ahora bien, este modelo o estructura de pensamiento ideológico ha sido objeto, desde su constitución en las postrimerías de la Edad Moderna, de una larga serie de críticas y confutaciones, de las que se recogerán aquí sólo cuatro, por considerarlas las más relevantes. La primera de ellas radica en que las ideologías pretenden *racionalizar lo que es irracionalizable*, es decir, someter a los parámetros de la razón constructiva y estratégica dimensiones, hechos y constantes que no son – constitutivamente - susceptibles de ese sometimiento. El ideólogo ha dejado de lado totalmente la dimensión aprehensiva del entendimiento y – en palabras de Juan Cruz - ha optado por “una racionalidad que exige que todo lo no controlable y disponible sea eliminado como irracional y nefasto para el progreso; por descontado, será borrada la situación caída de la naturaleza humana [...] [y] se le escaparán siempre la premisas prácticas, sobre todo las políticas, las cuales forman parte sustancial de la marcha histórica. Este carácter extraño del orden práctico será sentido como un factor discordante respecto de la racionalidad postulada”¹³. En definitiva, el olvido de la función receptiva del entendimiento y de la razón práctico-moral, conducen a una manipulación ilimitada de las realidades humanas, que resultan instrumentalizadas al servicio de la ensoñación ideológica de una perfección humana absoluta e inmanente.

La segunda de las impugnaciones se refiere al desvarío que significa la pretensión ideológica de *determinar de una vez y para siempre* las soluciones e instituciones políticas; en efecto, para el ideólogo, el esquema social y vital por él ideado tiene un valor permanente y estabiliza para todo el

¹² Véase: Strauss, L., *What is Political Philosophy?*, Chicago & London, The University of Chicago Press, 1988, pp. 78 ss.

¹³ Cruz, J.C., “Reivindicación de la razón práctica. Para una superación de la utopía”, en *Persona & Derecho*, N° 9, Pamplona, 1982, p. 202.

futuro cuál ha de ser la solución perfecta de todos los problemas políticos. Pero esto implica necesariamente una negación, explícita o implícita, de la libertad humana, ya que el hombre no es capaz – desde esta perspectiva – de modificar el curso ya determinado de los acontecimientos políticos. Sobre esto, Julio Irazusta escribió que “cuando el hombre moderno resolvió independizarse de toda trascendencia y manejar el mundo por sí solo, estableció para el ejercicio de su propio arbitrio reglas demasiado rígidas, más tiránicas que las de la antigua prudencia. Seguro de su cabeza [...] creyó eliminar del mundo el azar aún subsistente, estableciendo una ley fija, dictada a voluntad por su razón abstracta. Como un príncipe que abdicara al día siguiente de recuperar el trono, el hombre moderno se volvió esclavo de una nueva quimera [...]. La desilusión llegó al convertirse en nuestro presente el porvenir de los primeros innovadores”¹⁴. Por supuesto que este inmovilismo y perpetuidad de una determinada fórmula política, por su propia naturaleza contingente, significa la desaparición de la historia, del futuro, de la contingencia y, finalmente, del albedrío humano.

En tercer lugar, en la ideología existe una pretensión decidida de *absolutizar*, es decir, privar de todo límite, a lo que en la experiencia política aparece como *intrínsecamente limitado*. En especial, aparece como un despropósito la concepción de una sociedad perfecta compuesta por hombres imperfectos, que “olvida – en palabras de Paul Tillich – la finitud y el extrañamiento del hombre, olvida que el hombre, en tanto que finito, es una unión de ser y no-ser [...] [y] propone una visión falsa del hombre, que está en contradicción con su propio presupuesto básico; [la ideología] representa un juicio sobre la extrema pecaminosidad del presente, o de un grupo social, o de un pueblo, o de una religión, y un intento de salir de esa situación, pero no dice cómo es posible esto habiendo un extrañamiento radical”¹⁵.

Finalmente, en las ideologías se pone de manifiesto una intención de *secularizar lo trascendente*, en especial de apropiarse de conceptos propios del orden religioso y transferirlos al campo político, con el resultado de su deformación, degradación y la generación de consecuencias desastrosas. En este sentido, tiene razón Helmuth Kuhn cuando dice que “donde Dios es expulsado, hacen su entrada los dioses y los ídolos: y ‘los dioses tienen sed’. El ser rebelado, que se separa de la fe transmitida, ante la angustia de que su existencia carece de suelo firme en que apoyarse, transmite la pasión de su angustiada fe y de su entrega a la acción por un reino de este mundo: el estado, que él quiere crear. De este modo tiene lugar en el revolucionario el acontecimiento que crea los supuestos

¹⁴ Irazusta, J., *La política, cenicienta del espíritu*, Buenos Aires, Dictio, 1977, pp. 21-22.

¹⁵ Tillich, P., “Crítica y justificación de la utopía”, en AA.VV., *Utopías y pensamiento utópico*, Madrid, Espasa-Calpe, 1982, pp. 354-355. Véase: Song, R., *Christianity and Liberal Society*, Oxford, Oxford University Press, 1997, p. 229.

del estado total: el cielo sobre la tierra como meta de la actividad política embriaga y enciende los espíritus”¹⁶. Como lo expresa muy bien Helmmuth Kuhn, este cielo sobre la tierra es la tarea propia del revolucionario y la ideología es la directriz y guía de la revolución; y el resultado será siempre una tragedia, una situación de infortunio, por haber pretendido transmutar al mundo histórico-político las cualidades y valores que son propios de las realidades trascendentes.

5. Conclusión

Al momento de concluir estas breves consideraciones, sólo nos queda recalcar la radical negatividad de las pretensiones del modo gnóstico de pensamiento – y de su versión moderno-cientificista, la ideología – para resolver los problemas, ambigüedades y tensiones propias de la existencia humana a través de una construcción ideal y una praxis raigalmente inmanentes, pretendidamente absolutas e imaginadas como definitivas. La transmutación gnóstico-ideológica de las categorías y nociones cristianas al campo histórico de la política agonial, no puede sino conducir – tal como se ha visto - a una profunda frustración, amarga, perturbadora y peligrosa. Y esto no es sino el resultado de del olvido o desprecio de la concepción clásica de la vida política, que la concibe como intrínsecamente limitada por la historia, la contingencia y la libertad humana y ordenada constitutivamente la prosecución, siempre provisoria e inacabada, de un orden temporal, frágil y siempre provisorio, de la convivencia humana social en el aquende la muerte.

Carlos I. Massini Correas

¹⁶ Kuhn, H., *El estado. Una exposición filosófica*, Madrid, Rialp, 1979, pp. 398-399. Véase también: Mathieu, V., *Phénoménologie de l'esprit révolutionnaire*, Paris, Calman-Lévy, 1974, pássim.